

# PARTNERS IN THE GOSPEL

## UNA CARTA PASTORAL PARA LOS SACERDOTES Y EL PUEBLO DE LA IGLESIA EN EL OESTE DE WASHINGTON

### Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo:

*Yo doy gracias a Dios cada vez que los recuerdo.*

*Siempre y en todas mis oraciones pido con alegría por todos ustedes, pensando en la colaboración que prestaron a la difusión del Evangelio, desde el comienzo hasta ahora.*

(Filipenses 1,3-5)

Cuando San Pablo escribió su carta a los Filipenses hace varios siglos, comenzó con una palabra de agradecimiento. Deseo comenzar esta carta también agradeciéndoles y asegurándoles mis oraciones por todos ustedes. Como arzobispo, me siento infinitamente sorprendido –y profundamente agradecido– por el testimonio que dan de Jesucristo en este bello lugar que es parte de la creación de Dios. Estoy agradecido por los líderes laicos en nuestras parroquias, escuelas, oficinas arquidiocesanas y ministerios, y con los Servicios Comunitarios Católicos y Servicios Católicos de Viviendas por su dedicado servicio en nombre de Cristo. Estoy agradecido por nuestros diáconos y religiosas, por las múltiples maneras en que han respondido al llamado a servir al pueblo de Dios. Y estoy agradecido con nuestros sacerdotes, a quienes solo puedo decir: Gracias por todas las maneras en que dan testimonio de Cristo en el mundo y por el servicio amoroso que brindan al pueblo santo de Dios.

Todos somos compañeros en el Evangelio. ¿Y por qué importa esto? El Evangelio comparte la vida de Jesús y la base de nuestra fe y del entendimiento de las enseñanzas de Jesús. En Mateo 28,19, Jesús nos habla: “Vayan, y hagan que todos

los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Esto es conocido como El Mandato Misionero y es, finalmente, la razón por la cual existe la Iglesia hoy.

La proclamación del Reino de Dios no es una tarea que podemos realizar solos, ni tampoco es responsabilidad reservada a los ordenados. Todos los bautizados están llamados a realizar este trabajo juntos, como un cuerpo –el Cuerpo de Cristo– y lo que afecta a una persona, afecta a todas.

En estas páginas, deseo reflexionar con ustedes sobre algunos de los desafíos que enfrentamos hoy en día en nuestra Iglesia local, cómo podemos afrontarlos juntos como Compañeros en el Evangelio, y cómo podemos edificar comunidades parroquiales saludables y vibrantes.

### LEER LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

En *Gaudium et Spes*, la Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el Mundo Contemporáneo, leemos: “es deber permanente de la Iglesia escuchar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio” (n. 4). Es nuestra responsabilidad no solo ser conscientes de lo que sucede a nuestro alrededor, sino también leer e interpretar los signos a la luz del



## Encontrar a Jesucristo



Evangelio. En otras palabras, estamos llamados a ver, juzgar y actuar.

¿Cuáles son los signos de nuestros tiempos que necesitamos ver y a los cuales debemos responder? En los últimos 10 años, hemos sido testigos de cambios significativos en la práctica religiosa en nuestra región. Entre 2010 y 2019, ha habido una sustancial disminución en la asistencia a Misa en toda la arquidiócesis. La participación en los sacramentos ha disminuido también –30% menos bautismos y 18% menos matrimonios católicos, por citar solo dos ejemplos–. Menos personas en la Misa significa que algunas de nuestras parroquias están enfrentando dificultades financieras. Estas estadísticas datan de antes de la epidemia del COVID-19, la cual exacerbó drásticamente estas tendencias.

Al mismo tiempo, hay una continua disminución en la cantidad de seminaristas y sacerdotes. Hoy en día tenemos una vibrante Oficina para las Vocaciones que ofrece

numerosas oportunidades para el discernimiento vocacional. Además, contamos con un maravilloso equipo de jóvenes preparándose para servir al pueblo de la Arquidiócesis de Seattle como sacerdotes. Sin embargo, no podemos ignorar el hecho de que, actualmente, tenemos aproximadamente la mitad de los seminaristas que teníamos hace tan solo 10 años, y nuestros sacerdotes están envejeciendo. Anticipamos que para el año 2036 tendremos solamente 60 párrocos sirviendo a nuestra Iglesia local. Estas tendencias no se observan solamente en la Arquidiócesis de Seattle, sino también en varias diócesis de todo Estados Unidos, Canadá y otras partes del mundo.

Por supuesto, las estadísticas no representan el panorama completo de la vida y vitalidad en nuestra Iglesia local. Con la gracia de Dios, están sucediendo cosas maravillosas cada día. No obstante, estaríamos fallando en nuestro llamado a “leer los signos de los tiempos” si simplemente ignoramos las tendencias, si no arrojamos una luz sobre los grandes cambios de los que estamos siendo testigos y continuamos haciendo lo que siempre hemos hecho. El *status quo* ya no es una opción. Las realidades que presentan nuestra situación actual exigen una nueva respuesta. De hecho, la de reimaginar la vida parroquial.

## REIMAGINAR EL LIDERAZGO Y LA ESTRUCTURA PARROQUIAL

Al comenzar este proceso de reestructuración, debemos, antes

que nada, mantener nuestro deseo y concentrar nuestros esfuerzos en ayudar a las personas a crecer en su relación con Jesucristo. Él es nuestra vida, nuestra esperanza y nuestra salvación. Nuestras prioridades siempre deben ser fortalecer la fe de nuestro pueblo y redoblar los esfuerzos para continuar la misión de la Iglesia.

Pero ¿cuál es la misión de la Iglesia? Esta es una pregunta que muchos, hoy, no pueden contestar sucintamente. Durante los últimos dos años, hemos estado orando y desarrollando una comprensión más profunda de nuestra misión. Finalmente, la misión de la Iglesia es:

- Encontrar a Jesucristo
- Acompañarnos unos a otros
- Vivir la alegría del Evangelio

Todo lo que hacemos como Iglesia es para ayudar a cumplir esta misión.

Sin embargo, debemos realizar esta misión dentro del contexto actual. Compañeros en el Evangelio es nuestra respuesta a las realidades que enfrentamos. Es un importante proceso de reestructuración para optimizar nuestro liderazgo pastoral existente y construir una estructura sostenible para el futuro. Nos permitirá mantener nuestras parroquias y escuelas vibrantes y enfocadas en la misión.

Compañeros en el Evangelio tiene una visión que, a partir del 1 de julio de 2024, la mayoría de nuestras 174 instalaciones (incluyendo parroquias, misiones y estaciones) pasarán a formar parte de una familia junto con otras parroquias. Cada familia tendrá un párroco y uno o dos vicarios parroquiales. La agrupación de familias se desarrollará según el

tamaño, geografía, configuración étnica y cultural, estado financiero y presencia escolar. La configuración final de las familias de parroquias será el fruto de la oración profunda, de un trabajo y estudio exhaustivos y de una amplia consulta.

Durante más de un año, la Arquidiócesis de Seattle ha estado colaborando con analistas expertos de la firma PartnersEdge, quienes trabajaron con nosotros para desarrollar un borrador del plan de configuración, junto con el Consejo Presbiteral, el Comité de Supervisión de Compañeros y los sacerdotes, diáconos y líderes laicos de la arquidiócesis. En septiembre, el plan ingresará a la fase más importante del proceso de consulta al ser presentado a los fieles de la arquidiócesis para obtener su opinión.

Urjo a todos los fieles a participar, en oración, de este proceso de consulta. Deseamos escuchar a todos. No solo deseamos, sino necesitamos escucharlos. El conocimiento y amor a su comunidad parroquial hace que su opinión acerca de las estructuras de las familias sea de inmenso valor. El Papa Francisco nos ha llamado a ser una Iglesia más sinodal –esto es, una Iglesia que escucha, que camina unida–. Por favor, participen de las sesiones de escucha y de las consultas en su comunidad parroquial, ya sea en persona o en línea. Por favor, compartan su sabiduría y experiencia y sean parte de este proceso.

## CONVERTIRSE EN UNA FAMILIA

Una vez completado el proceso de consulta, se anunciarán las

configuraciones de las familias parroquiales a principios de 2024, y el anuncio de asignaciones sacerdotales pastorales seguirá en la primavera del mismo año. Las familias se convertirán en una realidad el 1 de julio de 2024. El párroco, junto con el personal, el liderazgo parroquial y los feligreses trabajarán juntos durante aproximadamente tres años para discernir cómo convertirse en una familia, teniendo en cuenta su situación concreta, las necesidades, desafíos y dones particulares.

Este proceso llevará tiempo –y no lo vamos a apresurar–. En este primer año, el enfoque será en conocer a las personas y la cultura de cada comunidad parroquial, buscando oportunidades para compartir juntos y comprender los dones particulares que cada uno aporta a la familia.

Más adelante en el proceso, las parroquias de las familias comenzarán

a buscar activamente maneras de colaborar entre sí y compartir ministerios para evitar la duplicación. Las familias crecerán juntas y comenzarán a ser una sola parroquia que busca el encuentro con Jesús acompañándose mutuamente en el camino de la fe y viviendo la alegría del Evangelio en el mundo. Luego, en el último año, la familia creará el plan “Una Parroquia” para convertirse en una sola parroquia canónica.

¿Qué significa convertirse en una parroquia canónica? Significa que, incluso si hay varias iglesias en términos de edificios, muchas de las operaciones administrativas están centralizadas. Por ejemplo, habrá un solo consejo financiero para toda la familia de fe. Además, otras funciones importantes de la parroquia, como formación en la fe, tal vez sean compartidas. Esta realidad podrá ser diferente para cada familia parroquial.



Acompañarnos unos a otros

# Camino hacia parroquias más vibrantes



Para el 1 de julio de 2027, se prevé que la mayoría de las familias de fe estarán listas para unirse en una sola parroquia canónica.

Las políticas arquidiocesanas para Compañeros en el Evangelio están siendo creadas y estarán disponibles en el sitio web arquidiocesano. Mi intención es que estas políticas sean simples, con el mínimo de “imperativos” para promover la creatividad pastoral dentro de cada familia, de manera que los párrocos, en consulta con su comunidad, puedan desarrollar la manera de ser una familia que funcione para ellos.

Los párrocos y sus equipos no estarán solos en este trabajo. La Arquidiócesis de Seattle proveerá de una persona de contacto para cada familia parroquial para apoyarlos, trabajar con ustedes, conectarlos con recursos y ayudarles a alcanzar las metas en el camino hacia convertirse en una parroquia canónica.

## UNA OPORTUNIDAD LLENA DE GRACIA

En los casi 175 años de historia de la Arquidiócesis de Seattle, Compañeros en el Evangelio no tiene

precedentes en su envergadura y, de varias maneras, la Iglesia local será muy distinta una vez completado el proceso. Sin embargo, esta no es la primera vez que nuestra Iglesia local afronta cambios. ¡Nada más lejos de la verdad! La historia de la Arquidiócesis de Seattle es la historia de personas que enfrentaron el cambio con fe, valor e imaginación. Desde sus humildes inicios hasta los grandes acontecimientos, desde tiempos de consolidación hasta tiempos de gran expansión, nos hemos adaptado creativamente, acogido al forastero y respondido a los signos de los tiempos desde la perspectiva del Evangelio. Esta Iglesia local siempre ha enfrentado desafíos con fe en Dios y con la confianza en sus promesas. La creatividad misionera y la flexibilidad pastoral han sido el sello distintivo a lo largo de nuestra historia.

Tengo una gran confianza de que enfrentaremos este momento con esa misma fe y visión. Unirnos en familias de parroquias significará bastante cambio, y el cambio puede ser difícil. Abandonar lo que nos resulta familiar para enfrentar lo desconocido puede crear incertidumbre, incluso dolor, pero los tiempos de cambios

también pueden ser emocionantes. Hay nuevas posibilidades, incluso una nueva aventura. Creo firmemente que este proceso nos presenta una extraordinaria oportunidad. Si nos abrimos a la guía del Espíritu Santo y respondemos creativamente, esta reorganización nos brindará la posibilidad de renovar y reimaginar la vida parroquial a fin de llevar a cabo más efectivamente la misión.

Todos estamos llamados y contamos con los dones que el Señor nos dio para ser apóstoles y evangelistas (cf Efesios 4,11-12) —y todos estamos llamados a la conversión (cf Marcos 1,15). Si miramos dentro de nosotros mismos, me parece a mí que cada uno de nosotros necesita una reevangelización. Todos necesitamos estar más y más convencidos del poder del Cristo resucitado que ya ha conquistado el pecado y la muerte. Entonces y solo entonces, seremos capaces de ser testimonios vivos de la resurrección de Cristo. Necesitamos vivir el Evangelio poniéndolo en acción. ¡Necesitamos despertar de nuestro aletargamiento y ser renovados en la vida de Jesús resucitado!

El Evangelio nos exige trabajo. Vivimos en una región con gran

riqueza y pobreza. Hay mucha necesidad a nuestro alrededor – necesidad material y espiritual–. Tantas personas nos buscan para conseguir ayuda; tantas personas están sedientas de buenas nuevas. Y nosotros tenemos una buena nueva que compartir: ¡la mejor de todas! Lo que Jesús dijo a sus discípulos entonces, nos dice hoy a nosotros: “Levanten los ojos y miren los campos: ya están madurando para la siega (Juan 4,35).

Al trabajar juntas nuestras comunidades para convertirse en nuevas familias en la fe, somos bendecidos con una oportunidad para reflexionar sobre lo que realmente significa ser una comunidad de discípulos misioneros. En *La alegría del Evangelio*, el Papa Francisco escribió acerca de lo que es una parroquia. Es un pasaje que merece ser citado en detalle:

La parroquia no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. Aunque ciertamente no es la única institución evangelizadora, si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo «la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas». Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos. La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que

sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero. (*Evangelii Gaudium* 28).

Creo que este proceso de Compañeros en el Evangelio –que nos pondrá a prueba de varias maneras— nos puede ayudar a alcanzar esta visión de lo que una parroquia puede y debe hacer. Nuestras familias parroquiales están llamadas a ser lo que el Papa Francisco llama “una comunidad de comunidades”. Creo que, no solo después de este proceso, sino que por medio de la manera en que llevemos a cabo este proceso, podemos convertirnos en comunidades de fe más saludables y vibrantes.

Cuando todavía era sacerdote en Indianápolis, había una parroquia

que estaba creciendo y necesitaba una iglesia. Le pregunté al párroco cuándo iba a construir una iglesia y su respuesta fue memorable: “Antes de construir una iglesia, necesito ‘construir Iglesia’ entre las personas”. Esto me parece a mí la primera oportunidad que brinda Compañeros en el Evangelio: construir Iglesia entre nuestra gente. ¡Es precisamente por esto que los Padres de la Iglesia en el Concilio Vaticano II nos llamaron el Pueblo de Dios!

## ¿CÓMO MEDIMOS LA SALUD Y LA VITALIDAD?

¿Cómo sabemos si tenemos parroquias saludables, vibrantes y sostenibles? Soy consciente de que debemos ser cuidadosos en cómo definimos la salud y la vitalidad cuando se trata de comunidades parroquiales. La estabilidad financiera ciertamente

### Vivir la alegría del Evangelio





es una forma de medir, pero si basamos nuestro juicio exclusivamente en números, pondremos algunas comunidades en desventaja. Los programas exitosos para adultos y niños es otra forma de medir la salud, pero si eso es todo lo que analizamos, podríamos estar dejando de lado a comunidades pequeñas y rurales que cuentan con menos recursos. Cada parroquia es única y, al convertirse en parte de las familias de parroquias, no queremos que pierdan aquello que las hace ser únicas.

Compañeros en el Evangelio no pretende hacer que todas las comunidades sean iguales. No debemos descartar nuestras historias particulares, ni perder los aportes de las parroquias rurales más pequeñas forzándolas a alcanzar un estándar que solo logran las parroquias más grandes y afluentes. Al desarrollarse Compañeros en el Evangelio, tenemos la responsabilidad particular de tener en cuenta nuestras comunidades étnicas y culturales para asegurarnos de que sean bien servidas y plenamente incluidas en la familia de fe más amplia. Necesitamos hacer que “la preferencia por los pobres” de la Iglesia tenga peso en este

proceso. Debemos reconocer nuestra diversidad por lo que es —un regalo de Dios—.

Entonces, ¿cómo sabemos si una parroquia es realmente vibrante? Desearía sugerir algunas áreas que pueden servir de referencia de salud y vitalidad, los pilares de la vida parroquial. Estos pilares no necesariamente son distintos o prioridades de ninguna manera, ya que varios se superponen y suplementan entre sí. Además, no son exhaustivos, sino simplemente una forma de examinar la vida parroquial.

Una comunidad parroquial saludable está enfocada en el **discipulado**. La palabra “discípulos”—que significa “aprendices”— expresa una dimensión clave de nuestra relación con Cristo, ya que nunca dejamos de aprender del maestro. Somos discípulos misioneros, siempre necesitamos ser evangelizados nosotros mismos y siempre estamos llamados a difundir la Buena Nueva y guiar a otros a Cristo. Una comunidad parroquial saludable brinda maneras para que todos sus miembros y las personas que están en la búsqueda crezcan en el discipulado.

Una comunidad parroquial saludable está fundada en la **alabanza**

**y la oración**. La celebración de la Eucaristía en cada Misa es el centro de la vida parroquial, verdaderamente la “fuente y culmen”, atrayendo a cada miembro de la comunidad a una relación más profunda con Cristo, formándolo en un cuerpo y enviándolo a amar y a servir.

Una comunidad parroquial saludable mira más allá de sí misma para participar en la **misión y evangelización**. La parroquia no es un lugar para alejarse de los problemas y dificultades que están presentes en nuestra comunidad ni en el mundo en general. Más bien, es un lugar donde nos unimos con otros para ser alimentados en nuestra vida en Cristo, desde la cual somos enviados al mundo para hacer una diferencia, aliviar el dolor, cuidar de los afligidos y abogar por los que no tienen voz. En el servicio hacia los demás, especialmente los pobres, encontramos a Cristo. Una parroquia saludable reconoce las necesidades y responde, buscando llegar a todos como el Cuerpo de Cristo. Como discípulos, llevamos a Cristo a los demás en el mundo y los traemos, asimismo, de nuevo a Cristo.

**La comunidad** no sucede por azar, sino que debe fomentarse. En una

comunidad parroquial saludable no hay “grupismo”, no se cierra en sí misma, sino que es abierta y acoge a un círculo de personas que se hace cada vez más grande por medio de la invitación a nuevos miembros. Una comunidad saludable también da lugar a que los miembros celebren y preserven su propia cultura y tradiciones de fe en un ambiente de respeto mutuo y comprensión.

Una parroquia saludable tiene una **administración** efectiva. En la Iglesia, la administración no es solo un mal necesario, el “aspecto empresarial”. Más bien, la administración es un don espiritual al servicio de la Iglesia y las personas con cualidades administrativas verdaderamente realizan la obra del Evangelio. Una parroquia saludable es financieramente estable, es una comunidad en la que sus miembros colaboran ofreciendo su tiempo, talento y tesoro. Una parroquia fuerte tiene la capacidad para mantener sus edificios y controlar sus deudas. Una parroquia saludable tiene la tecnología que necesita para llevar a cabo su misión. La buena administración brinda al párroco y a la comunidad la libertad de mirar más allá de las necesidades básicas y dedicar recursos a la evangelización y misión.

Para lograr todo esto, es esencial el **liderazgo**. Todos nosotros hemos experimentado la increíble diferencia que hace un buen párroco. Un buen párroco no solo nos guía en nuestros encuentros sacramentales con Cristo, sino que nos ayuda a descubrir nuestros dones y a compartirlos. Los buenos líderes empoderan a otros, consultan exhaustivamente y sirven con humildad. Este es el tipo de liderazgo que el Papa Francisco ha modelado para la Iglesia y que llama a todos a seguir, especialmente a nuestros sacerdotes.

Todos sabemos que los sacerdotes no son los únicos que ejercen el liderazgo en la Iglesia hoy en día. Una parroquia saludable y vibrante también necesita del valioso liderazgo y apoyo que brindan diáconos y fieles laicos bien formados. Es por ello por lo que nosotros, como arquidiócesis, estamos relanzando nuestros programas de formación, tanto al diaconado permanente como al ministerio laical.

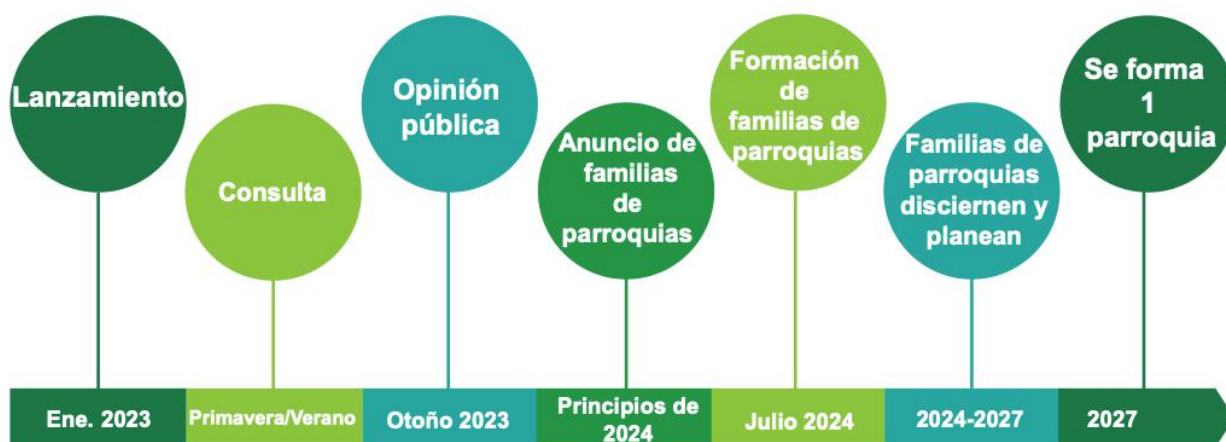
## NUESTRO CAMINO

Con Compañeros en el Evangelio nos embarcamos en un viaje que nos llevará a nuevos rumbos como Iglesia local. En los años venideros nos encontraremos con lo desconocido

—habrá alegría, así como también dolor, mientras juntos aprendemos lo que significa convertirse en familias de parroquias—. Mi oración y mi esperanza es que, con este proceso, construyamos comunidades sostenibles y vibrantes —comunidades que permitan a los sacerdotes y al pueblo prosperar y llevar el Evangelio más efectivamente a las personas en el oeste de Washington—.

Estamos emprendiendo algo nuevo, pero de alguna forma, estamos haciendo lo que nuestra Iglesia local siempre ha hecho cuando se enfrentó a nuevas circunstancias y desafíos. Pienso en los obispos y sacerdotes misioneros, religiosos y laicos que establecieron la Iglesia aquí a pesar de las abrumadoras realidades que fácilmente podían haberlos desanimado —pero que, al contrario, los inspiraron—. Pienso particularmente en la Madre Josefa del Sagrado Corazón, quien, junto con las intrépidas Hermanas de la Providencia, ayudaron a construir la Iglesia en todo el noroeste con escasos recursos, pero con abundancia de fe e increíble trabajo.

“No creo que debamos esperar hasta que estemos bien organizadas como en el este para actuar y responder a las necesidades”,





escribió la Madre Josefa en 1858. “Me parece a mí que deberíamos alegrarnos de sentir la premura para hacer el bien”. Sus palabras tienen especial resonancia en nosotros en este momento. Sería demasiado fácil enfocarnos en los numerosos desafíos y dificultades presentes en nuestro mundo e incluso en la Iglesia. Sin embargo, si solo nos enfocamos en los desafíos y dificultades, entonces nunca llevaremos a cabo efectivamente la misión que Cristo nos ha encomendado.

## UNA INVITACIÓN

Deseo concluir esta carta con una invitación

Los invito a todos a **orar**. Oremos por el éxito de esta iniciativa en los días buenos y en los malos — cuando todo marche bien y cuando encontremos dificultades en el camino—. Sigamos orando cuando estemos animados y cuando estemos desilusionados. Invitemos al Espíritu Santo cada día a que nos guíe e inspire en todo lo que hagamos.

Los invito a **participar**. Todos tenemos perspectivas y dones que podemos compartir con nuestras

familias de parroquias. De manera particular, invito a nuestros jóvenes a participar de esta iniciativa. Necesitamos su presencia, sus dones, sus voces. Como enseña San Pablo, las manifestaciones del Espíritu se dan para un bien. Por tanto, pongamos nuestros dones a trabajar para el bien de todo el Cuerpo de Cristo (cf 1 Corintios 12,7).

Invito a nuestros sacerdotes y líderes parroquiales a participar de este proceso con un espíritu de esperanza y colaboración. No les diré que será fácil reimaginar y renovar la vida parroquial, porque no lo será. Pero les puedo asegurar que es posible. Consulten ampliamente, escúchense unos a los otros, discernan juntos y piensen creativamente. He instruido a mi equipo en el arzobispado en el entendimiento de que Compañeros en el Evangelio ha de ser nuestro enfoque durante los próximos años. Estamos comprometidos a apoyarles en este proceso, en cada paso del camino.

Finalmente, invito a todos a **convertirse en compañeros** en la obra del Evangelio. Ninguno de nosotros puede realizar este trabajo solo. Jesús nos llama en comunidad y como comunidad.

Nuestra tarea como Iglesia local es, nada menos, que encarnar a Cristo resucitado: hacerlo creíble para el pueblo en el oeste de Washington a través de la manera en que vivimos nuestra fe, la forma en que encarnamos a Cristo como Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo. Que el poder del Misterio Pascual de Jesús resucitado sea nuestra fuerza y gracia mientras juntos reimaginamos esta Iglesia local, como Compañeros en el Evangelio de Cristo. Ω

En el corazón de Cristo,



Rvdmo. Paul D. Etienne, DD, STL  
Arzobispo de Seattle

Esta carta pastoral está disponible en español y vietnamita en [archseattle.org/partners](http://archseattle.org/partners).